

LA RELIGION EN LA DINAMICA SOCIAL

por el Prof. MIGUEL ANGEL CEVALLOS HIDROBO, de la Universidad Central del Ecuador.

Una hora de socialización vive el mundo. No se trata ya y simplistamente de dar pábulo a imponderables políticos colectivistas y a la imposición de regímenes correspondientes. La cuestión surge y hay que hallarla en la entraña doliente de la humanidad cuya porción mayoritaria, sumida en sombras, exige reivindicaciones que sacien su hambre, vistan su cuerpo, enaltecen su mente y la dignifiquen en primero y último términos, para lograr el parto glorioso del hombre. Se trata, pues, de un surgir imperioso, que cada instante se hace de tantas y tales potencias coaccionadoras como para decidir a los corifeos del ultra y del superconservatismo a proclamar en su terror las "revoluciones blancas" que lleven al ahorro las alboradas rojas para la imposición de la Justicia Social.

De tal manera las exigencias claras y concretas ya no encuentran valladas que ya nadie se atreve —a menos que borbotee candor o perversidad— a motejarlas "comunistas" con criterio romo o payo. Por eso, y a pesar y contra las encrucijadas de una hora universal en la que la propia supervivencia de la especie está en duda, lo inmovible o apenas permeable de los órdenes económico y religioso ha sido sacudido y, aunque acomodándose dentro de sus propias nociones de sus formas y de sus fórmulas, han debido ceder algún paso a las

soluciones sociales que cubren los ámbitos ambicionales del ser sobre el existir.

La Iglesia Católica, que es la que abastece la necesidad testista de la abrumadora población latinoamericana —haciendo, como hace, más de un tercio de la feligresía mundial— ha debido tomar las pulsaciones ecuménicas y, oído en tierra, a partir de Juan XXIII, el bueno y paternalista, el visionario o intuitivo, el ágil político —todo en uno—, ha emprendido jornadas del pensar, del sentir y del obrar que iguale su reloj, hacía mucho detenido por la sofocación dogmática, por la sacralización de sólo cuanto estaba dentro de las lindes de la "Civitas Dei", olvidando que hay otra, la "Ciudad del Hombre" donde la materia empaqueta y define a los humanos tornándoles "animales que también comen". Desde entonces, la "cuestión religiosa" relativamente a la cristiandad y más específicamente a la catolicidad, no se discute únicamente con los dispuestos y la largueza de recursos de la ciencia filosófica o de la pura Apologética.

Así como nadie, incluso con ateísmo real o de formalidades, puede dejar de tomar la lección de la Historia que, como lo apunta Augusto Brunner, precisa que la religión "es un hecho humano universal" que agiliza la dinámica social —cuando no la paraliza, lo que no deja de ser influencia nada

despreciable del quehacer humano— así haga enunciados que reduzcan la Religión a "estupidez primigenia del hombre" en la frase de K. T. Preuss, la Iglesia no ha dejado de tomar, a su turno y cuando más necesitaba de ello, conciencia respecto a que sí "su perennidad es una de sus verdades indiscutibles" (Antonio M. Carvajal) y está avalada por la circunstancia de que "la credulidad es el mal original de la inteligencia" y el ser inteligente es, además del "zoon politicón" aristotélico, un "animal religioso", porque sabe aun en los días de la superciencia y de la supertécnica que ellas no lo cubren todo y que por lo mismo hay que acudir a la religión que "abrazo todo el saber y todo el poder no científicos", la Iglesia no ha dejado de tomar conciencia, decíamos, del hecho económico o social del siglo para los efectos de su "aggiornamento".

Queremos decir especialmente con lo que antecede y para los fines del trato de nuestro tema, que no es válido apoquecer función, papel e ingerencia de la Religión así en las relaciones del ser como del deber ser humanos. Recordemos que el orden social se ejecutó y rigió teniendo como cabeza y eje a la Divinidad a la que, desde luego, se le sometía así en la edad más pretérita como, y en nuestra América hasta la más reciente donde, y a pesar de las proclamas racionalistas y positivistas que le lleguen con retardo para su emancipación política y aun a la hora de los alardes de estos minutos, mucho de ese orden social gira en, con, por y para la Religión. Recordemos, de otro lado, y para el total encuadre del tema que desenvolvemos, que junto a la casa de la divinidad cuando no dentro de ella, se realizaban las transacciones —y acaso no han dejado por completo de realizarse? —que importaban al individuo

y al consorcio, lo que nos conduce a estar ciertos acerca de que el orden económico tiene también que ver con la Divinidad. De allí que, sin incursionar los campos de los "pereti" —los expertos en Teología— ni menos afectar a los sentimientos bien conducidos de las mayorías creyentes de nuestros pueblos y peor aun por únicamente fingir de apotecarios surtidores de pócimas insustituibles para la salud de los males sociales y económicos que abruman al mundo y particularmente a la América Latina, vamos a examinar el tema religioso en cuanto cierta y decididamente la Religión "es fuerza integradora en los asuntos humanos", y partiendo de la circunstancia de que Roma y su Iglesia han entrado a los Gínéz de Sepúlveda que hicieron "brutus", "seres sin alma", a nuestros aborígenes y han glorificado para siempre a los magnánimos Bartolomé de las Casas, al tiempo que como lo anotara alguna vez Alberto Lleras —hoy "llegando a los escalones más altos de la Jerarquía, sacerdotes inspirados por el concepto de su misión terrenal, tan separado de aquel otro que los convertía en acuciosos funcionarios del pasaporte hacia la vida eterna, mediante los trámites sacramentales y en piadosos e impotentes observadores de la miseria circundante, quieren que haya justicia en el mundo y la buscan con arrojo".

Dentro de nuestro plan comenzamos por señalar que la Encíclica "Mater et Magistra" de 15 de mayo de 1961 "sobre la necesidad de ordenar según los principios cristianos las más recientes transformaciones sociales", inaugura el benéfico ciclo de "aggiornamento" y manda a saber sobre todo a los sumergidos en los pozos ciegos de un conservatismo impenitente, que: "La santa Iglesia, aunque tiene por principal misión el santificar las almas y hacerlas partícipes de los bienes del

orden sobrenatural, sin embargo se preocupa con solicitud de las exigencias del vivir diario de los hombres, no sólo en cuanto al sustento y a condiciones de vida, sino también en cuanto a la prosperidad y a la cultura en sus múltiples aspectos y al ritmo de las diversas épocas". Y cuanto más manda a saber, es sin duda, un avance inusitado, si bien dentro de su sistema —que lo comprendemos no puede ser de otra manera en tratándose de la Iglesia Católica— sobre el "Acta Leonis XIII" de 1891 y la "Cuadragésimo Anno" de 1931.

No que participemos con servilidad de nociones, fundamentos y soluciones allí expuestos pero si que, y no será de razonadores negarlo, incluso el lenguaje papal ha adquirido tonalidades que antes habían estado enteramente reservadas a lo que era y se tildaba comunismo, tanto que los fariseos temblaron y se rasgaron las vestiduras y los reaccionarios dentro mismo de los cuadros vaticanos se enfrentaron las expresiones de la encíclica que a pesar y no obstante seguir proclamando medios "caritativos", inconciliables con los tiempos y la dignidad humana, apuntaban sin eufemismos: "Mientras riquezas incontables se acumulan en manos de unos pocos, las clases trabajadoras se encuentran en condiciones de creciente malestar. Salarios insuficientes o de hambre, agotadoras las condiciones de trabajo y sin ninguna consideración a la salud física, a las costumbres morales... Inhumanas sobre todo las condiciones de trabajo a las que frecuentemente son sometidos los niños y las mujeres. Siempre amenazante el espectro del desempleo. La familia sujeta a un proceso de desintegración". Detrás de esos fundamentos, recuérdese, viene el trato pontificio de "La Socialización", "La Valoración", "La Remuneración del Trabajo", "Las Exigencias de la

Justicia frente a las Estructuras Productoras", "La Propiedad Privada", con su parte de "la función social", "Seguro Social", "Cooperativismo", "Exigencia de Justicia en las Relaciones entre Naciones de Diverso Grado de Desarrollo Económico" con sus partes de "Cooperación científico-técnico-financiera" y "Respeto a la Jerarquía de Valores"; "Incremento Demográfico y Desarrollo Económico" con sus partes de "Desnivel entre Población y Medios de Subsistencia", etcétera, etcétera, que arman el basamento y distribuyen los recursos con los que se va a abastecer a los dos mil trescientos y más "padres conciliares" que en períodos que toman los años que van del 1963 —con el convocante Juan XXIII— al 1964 —con su seguidor Paulo el Papa reinante— apuran, entre actos publicados y actos secretos, el inmenso y trascendental drama que Roma cuenta como su Concilio número XXI en el orden que viene desde Nicea.

De la fuente nutricia del Concilio Vaticano II se extraen las consecuencias que si conmueven al mundo, más conmueven a la América Latina donde, y desde la hora en que se injustició por España y Portugal a sus aborígenes, todo, especialmente en los siglos del calvario colonialista, había sido, para la Religión, un darse, bajo la invicación "acristianadora", a la expoliación de castas y oligarquías, a la servilidad en provecho propio y del sistema, a los goces que la ignorancia de los sometidos permite y tolera, a la detención del saber y del crecer que todavía nos mantiene "subdesarrollados", con una renuncia a salir por los caminos del mundo que después de los ingentes desangres que no acaban de concluir, no toleraría más edades oscuras con fanatismos, feudalismos y lacerías.

Por eso que voces nuevas con tonos

mayores que ya no sólo salen desde los púlpitos y los confesionarios, en procura de frustrar abstrusamente la prédica de los revolucionarios comunistas que comienzan a hablar mejor con las bocas de los fusiles de sus guerrilleros, se escuchan: Chile, sus conductores católicos han entendido primero y mejor la situación y en violento contraste con las ideas y los hechos de su Obispo Mariano Casanova quien encontró monstruosa la Rerum Novarum por ser "algo altinatural y contra Dios", su Cardenal Raúl Silva Henríquez define los nuevos criterios apuntando en su Carta Pastoral expedida en el Día Supremo de esta Gran Nación de 1962 y en la que lo acompaña toda la Jerarquía Eclesiástica, que "El cristianismo debe favorecer las instituciones de reivindicación social y, si le corresponde, participar en ellas. También tendrá que apoyar los cambios institucionales, tales como una auténtica reforma agraria, la reforma administrativa y otras similares... "Y como la Carta no quiere que sobre las cabezas episcopales caiga el anatema bíblico de reos que han de clamar "Ay de mí, porque he callado", expone pasajes que al par que observan simple y lisamente la realidad chilena —que es, mutatis mutandi, la realidad latinoamericana— apuntan su látigo a los responsables de la catástrofe político-social-económica de nuestros pueblos:

"En la difícil encrucijada que atravesamos, hay poderosas entidades que proponen soluciones, pero hay otros grupos que no creen en su posibilidad y **desearían mantener el actual estado de cosas.** Ante la realidad, que no es posible ocultar, y ante los repetidos hechos que nos revelan el malestar general, debemos hacer ver con claridad a nuestros hijos que las soluciones o las impulsamos y propo-

nemos enérgicamente nosotros, o ellas se nos impondrán aún en contra de nuestra voluntad, con modalidades que herirán nuestros más caros intereses. No es posible que el egoísmo o los intereses creados oscurezcan la verdad y nos impidan ver **la miseria que nos rodea y se perpetúa** entre nosotros. Le es más fácil a una población concentrada en las ciudades, ignorar, o pretender ignorar, lo que ocurre en el campo. Pero una parte considerable de nuestro pueblo vive allí oprimida por la miseria y en condiciones indignas... y en el campo chileno una minoría de propietarios posee la mayor parte de las mejores tierras agrícolas. No es mejor la situación de un gran número de familias que, careciendo de una casa digna, se hacinan en los barrios pobres de nuestras ciudades. Nadie puede olvidar tampoco que cada año un gran número de chilenos quieren incorporarse, sin conseguirlo, al trabajo nacional de la producción de bienes. Decenas de miles de hermanos nuestros, encuentran, cada año, las puertas cerradas para la integrarse activamente a este país que es el suyo. Los podemos ver, **si tenemos valor para ello,** en sus poblaciones rodeando con kilómetros y kilómetros de miseria, los centros modernos. Es imposible exigir a todos estos desplazados del trabajo, que tomen a su cargo la defensa y la promoción de una sociedad que de hecho los margina. Una décima parte de la población chilena recibe cerca de la mitad de la renta nacional mientras los nueve décimos restantes deben subsistir con la otra mitad. Consecuencia de lo anterior es que cada tres niños chilenos, uno abandona la escuela después del primer año y otro más la deja antes de terminar los estudios primarios. Esta miseria que no se ve, que no se palpa tan fácilmente, es, no obstante, una de las más crueles, porque una gran parte de la población chilena queda así

prácticamente al margen de la cultura, de la protección y de la seguridad que ella significa. Esta mala distribución de las riquezas en Chile, se paga con la subalimentación del pueblo. Debemos admitir también que una parte de nuestro pueblo se encuentra incapacitado para presentar sus problemas a los poderes públicos y obtener de ellos la solución. Los organismos que deben en último término servir al ciudadano común, parecen encontrarse a tanta distancia de él que las gestiones ante ellos resultan engorrosas y prácticamente ineficaces. Esto se agrava al comprobar la frecuentísima burla de las leyes sociales, que afecta a una innumerable cantidad de obreros y empleados, los que se encuentran de hecho indefensos y deben soportar, con inmenso dolor, el ham-y la miseria, frutos de la injusticia de que son víctimas. Sin el ejercicio de la justicia social y colectiva, no hay orden posible, y, por consiguiente no puede existir la paz, que es precisamente la tranquilidad del orden. Los cálculos hechos sobre la base de la permanencia de la actual organización jurídico-social, nos hacen temer que el futuro variará muy poco. Con el ritmo actual de crecimiento de las rentas se necesitarán muchos años para duplicar el ingreso por habitante. Cuando vemos por una parte una innumerable muchedumbre de necesitados, que por diversas causas, ajenas totalmente a su voluntad, se hallan oprimidos realmente por una extrema miseria y vemos, por otra parte, a tantos hombres que, sin moderación alguna, gastan enormes sumas en diversiones y en cosas totalmente inútiles, no podemos menos que reconocer con un inmenso dolor, que no sólo no se respeta como es debido la justicia, sino que además no se ha profundizado suficientemente en las exigencias que el precepto de la caridad impone al cristiano en su vida

diaria. Pero la caridad no puede atribuirse este nombre, sino respeta las exigencias de la justicia. No es caritativo y justo que el obrero reciba como limosna, lo que se le debe por estricta justicia, y es totalmente ilícita la pretensión de eludir con pequeñas dádivas de misericordia, las grandes obligaciones impuestas por la justicia..."

Es de razón admitir que una inmersión tan a fondo en la cuestión, con fundamentos en los datos escalofriantes de la realidad, con planteamientos avalados con la frialdad cruel de los guarismos estadísticos sin tapujos, con denuncias y críticas amargas y directas contra los responsables de la gran desventura humana y del vasallaje hasta hoy irredento de los más, hace muy poco tiempo sólo era concebible en la producción doctrinaria y militante de la izquierda y, quien quiera que se arriesgaba o tenía el valor de las revelaciones, recibía como baldón el anatema de "comunista" —equivalente a endemoniado— que conllevaba excomuniones y proscipciones de toda naturaleza. Consiguientemente, cuando las jerarquías católicas lo hacen, es que se está produciendo un vuelco de alta significación y estima, aun estando en oposición a los enunciados y concepciones de la caridad que, y tal como hasta hoy la entienden los católicos poderosos, nada ha solucionado ni solucionará, porque, como lo fijara San Gregorio de Nysa: "¡Qué importa que el rico dé limosna! Ese dinero que alivia a un desgraciado, ha costado lágrimas a cien pobres! o, con palabras de San Ambrosio: "Al socorrer al indigente no lo haces con tu dinero, sino que le devuelves lo que le pertenece; pues es un bien común que se ha dado para el uso de todos y que tú usurpaste para tí sólo".

Es de razón admitir, respetando incluso toda posición doctrinaria, políti-

ca y religiosa, que la Iglesia Católica, después del toque de arrebato de la chilena, ha insurgido en el ambiente latinoamericano como una milicia nada despreciable dentro de la dinámica social, bajo conceptos que, a guisa de ejemplo, proclaman en Perú: "Deben reestructurarse las fórmulas jurídicas y sociales del país"; y en Brasil: "Afrontamos la necesidad de una transformación decisiva y urgente"; y en Argentina: "ante los obstáculos que oponen a la justicia social la avaricia, la ambición de lucro y las dictaduras económicas de fuertes grupos dominantes, sólo hay un remedio: exigir el cumplimiento de los deberes sagrados que impone el derecho natural y la ley moral en defensa del obrero frente a empresarios desconocedores del orden moral"; y en mi Patria, en Ecuador, se dice por la mediación de un padre conciliar que regresa al final del Concilio Vaticano II: "La Iglesia es un organismo vivo; pretender mantenerla anquilosada o estática sería traicionar su misión... Tenemos que despedirnos de muchas cosas que no tienen razón de ser... **transformar a la Iglesia** de los pobres"; y, añadiendo en relación particular a los intereses de su Diócesis: tengo el propósito de despojarnos de tantos bienes económicos que han dado a la Iglesia la fama de rica... La catedral que se está levantando no será continuada; cuando tenemos una multitud que vive en condiciones de pobreza y miseria, estimo que no es lo más importante construir un monumento como catedral, sino volcar todos los esfuerzos para elevar económica, social y culturalmente a este querido pueblo que sufre..."

Avance conceptuales innegables son todos estos. Las realizaciones todavía demuestran la renuncia de los antiguos practicantes de las viejas formas de alianza extorsionadora por más que se haya proclamado su fin como no

ha mucho lo hiciera el Rvdo. John Cousins en un sermón en San Patricio al asegurar: "En este nuevo día debemos desembarazarnos de ideas viejas sobre la Iglesia en América Latina, que se ha dejado de identificar con una exclusiva aristocracia terrateniente, con pasadas oligarquías políticas, con un opresivo Statu Quo". Por desdicha, aun no puede inscribirse dentro de las páginas de la historia que venimos forjando, una de tanto precio. Todavía la "aristocracia terrateniente" hace de las suyas con la indiferente —para no decir más— actitud de miembros de la Iglesia, tanto que cuando más nos hemos estado afanando por las Reformas Agrarias —buenas o malas pero poderosos intentos de romper con el pasado oprobioso— ya hemos visto erigirse las Contrarreformas. Todavía las "oligarquías políticas" se acoderan a sacerdotes indoctos o aliados incondicionales, para detener el ímpetu para la creación del Derecho Social y la implantación de regímenes y gobiernos que los efectivicen.

De no ser así, se explicaría la ebullición mental y de acción de múltiples jóvenes sacerdotes que forman ya una avanzada o una izquierda dentro de órdenes, comunidades, cofradías y curatos y que inclusive han colgado sus sotanas para terciarse libremente fusiles guerrilleros. El caso es revelador y nadie debe ni puede ignorarlo para darle sentido y realidad al ya proceloso mar de palabras.

No deje de tomarse en consideración que el hecho ha llegado a preocupar al Pontífice reinante tanto que, pocos días atrás, dentro del mes de septiembre que acaba de concluir, se ha visto obligado a decir en Colleferro, al dirigirse a obreros en la celebración del "primer pronunciamiento eclesiástico sobre los derechos del trabajador, producido hace setenta y cinco años", lo

siguiente: "La Iglesia está vitalmente interesada en los problemas sociales del mundo y pronta a servir como abogado y defensor del trabajador... porque algunos dicen hoy que la Iglesia se preocupa poco por los problemas morales de la actualidad y **sólo responde con palabras a los problemas laborales**".

Esta nueva Iglesia Católica que extrae toda la fortaleza, nueva también, de la tónica excepcionalmente valerosa de cuantos padres en el Concilio Vaticano perdieron el miedo al tiempo y a sus conflictos y dijeron con franqueza meridiana la verdad del mundo, especialmente del mundo enorme de los desamparados entre quienes, los de América Latina, con ser sobre doscientos millones —más de un tercio de la catolicidad como lo apuntamos atrás— hacen el conflicto apasionante del llamado subdesarrollo.

Además de los debates de los que, para nosotros han tomado la mayor potencia dinámica los obispos del gran sector progresista, allí están las Resoluciones Conciliares que no son únicamente inspiración o lección sino también consigna-orden en tanto y en cuanto han recibido confirmación pontificia, u otras la esperan pero constituyen ciertos indicios de lo que irá a ocurrir o habrá de ser así:

1) La Resolución sobre la utilización por la Iglesia de los modernos medios de comunicación: prensa, cine, televisión, que ha tomado un auge inusitado y se ha convertido en arma fundamental de penetración en y hacia los lugares y personas distanciadas aun de los centros de civilización, carentes de medios de transportación y ayunas de letras, ciencias y artes y para quienes no debe ser únicamente "el acristianamiento" al estilo —actualizado— del que sumió en su noche inacabable a

los americanos autóctonos, sino que, y ampliando los temas de la alfabetización a poco más o menos y otros menores, por más que plausibles como los que cumplen las "Escuelas Radiofónicas" como las colombianas del padre Salloeda y las ecuatorianas de Monseñor Proaño, abarquen la ilustración diríamos práctica, utilitaria, sin temores falsos ni falsas apreciaciones de corroída raíz medioevalista que, especialmente en el campo, invalidan esfuerzos intelectuales, realizaciones legales y vigencia de renovados sistemas positivos de implantación de la Justicia que, como valor absoluto que es, incluso se imponga al Derecho que es apenas un valor relativo que quiere interpretarlo, traducirla.

2) La Resolución sobre la extensión de los poderes de los Obispos que, si bien lo entendemos, hace relación al gobierno colegiado que arranca poderes omnímodos a la curia romana tan pegada hasta hoy a lo caduco, ha permitido ya una forma de pronunciamiento episcopal como la chilena que nos hemos permitido apuntar, y las demás Iglesias de América Latina que si algo han hecho ya, más bien deben hacer para romper el poderoso cerco de los retardatarios, de aquellos herederos y legatarios de las normas, formas, estilos y sistemas que traídos por la fanaticada de la conquista a punta de arcabuces iberos y lusitanos, se impusieron para alejar las virtudes de una égida "de los dos cuchillos", para confundir con interés despiadado —del cual hay vivos y vívidos rescoldos— el Poder de la Iglesia con el Poder Estatal tanto que aquél era más que éste con las ingratas consecuencias de todos sabidas. Si y como se afirma con certeza, dada la modalidad de vida latinoamericana, "la Iglesia es después del Estado su Institución más importante", toca a las Jerarquías ecle-

siásticas, emprender en la catequización de sus miembros retrasados y lograr, con la autoridad de que están investidas, neutralizar su acción viscosa cuando no francamente opuesta al "aggiornamento", promover con ello el ingreso de jóvenes con inquietudes sanas y al día, a la actividad eclesial, a los seminarios, a los monasterios aun para que no vayan hacia los montes desde donde la boca de las armas de fuego quieren decir la palabra reivindicadora. De otro lado ha de procurarse la liquidación del sistema y aun del sacerdote-estorbo en el cual pretende retratarse a la Iglesia intransigente, verbalista, millonaria. El Hermano Voillaume se pregunta: Será imposible a los hombres de Dios en el siglo XX, vivir en medio del pueblo de los pobres con una vida simple...?" La respuesta es positiva a expensas del renunciamiento de medios, comodidades, vanidades, aberraciones y la práctica de consejos como los dados en la Carta Pastoral de los Obispos Chilenos que tanta ayuda nos ha proporcionado para este trabajo. Los directamente interesados sobre el particular deberían conocer y analizar en profundidad expresiones como éstas: "Cuán difícil es para nosotros, Obispos de la Iglesia de Cristo en el siglo XX, transmitir a nuestro tiempo este mensaje empapado desde sus orígenes, en la pobreza de la Encarnación, de la gruta y de la Cruz, predicado por un obrero... Mensaje destinado, hoy día, a hombres de una austeridad proletaria, que tienen hambre, viven en poblaciones miserables de tablas y hojalatas, que entre ellos se llaman "camaradas" y están acostumbrados al lenguaje mordaz y directo de sus líderes... Nosotros, en cambio, **tenemos que entregar este mensaje desde lo alto de los mármoles de nuestros altares y de nuestros palacios episcopales, en el barroco incompre-**

sible de nuestras misas pontificales, con sus extraños ballets de mitras y su aun más extraño lenguaje eclesiástico; y, además, salimos al encuentro de nuestro pueblo revestidos de púrpura, en un coche último modelo o en un vagón de ferrocarril de primera clase; y este pueblo viene a nuestro encuentro llamándonos "Excelencia Reverendísima", doblando la rodilla para besar la piedra de nuestro anillo; las expresiones corresponden a Monseñor Iriarte, Obispo de Reconquista, Argentina.

3) La Resolución sobre control de la natalidad no ha sido tomada aún de manera definida y definitiva. Pero en el Concilio se admitió el problema demográfico contemporáneo como de solución por "extrema necesidad". Y cuanto se ha escrito sobre el tema, y cuanto se lo ha comentado, y cuanto se ha recomendado, en mucho corresponde a la Iglesia Católica habida cuenta de su influjo fundamental en la vida de la familia latinoamericana.

La frialdad estadística nos revela que en el mundo seremos dentro de poco sobre los tres mil novecientos millones de almas, y pronostica seis mil millones para el fin del siglo, puesto que el número de seres humanos va hinchándose despoderadamente como que, a cada día, se afirma, corresponden ciento sesenta y cinco mil nacimientos.

En América Latina hemos de abrumarnos porque con su tasa de nacimientos —3% en algunos países entre los que se cuenta Ecuador— encabeza la lista de la explosión que tupe de hombres su tierra con nacimientos calculados a razón de doce por minuto.

Compleja es la situación, quiérase que no, y se pone sobre la mesa de repetidas conferencias de sabios y no

sabios, en una resurrección que se la pinta terrífica de los enunciados del Rvdo. Roberto Malthus. Corre el pánico de aquí para allá y acullá porque el hambre le gana para la muerte más vidas. A pesar y a despecho de las inmensas extensiones eriales; a pesar de las supertécnicas y las depuraciones de una química que aunque mal saborea y mal colorea los alimentos; los produce más abundosos para un mercado cada vez a mayor distancia de los consumidores comunes y al que concurren las amas de casa llevando el dinero en canastas para terminar llevando esos alimentos en billeteras, como nos cupo decir con broma trágica hacen ya años; a pesar del optimismo y de los optimistas que han expresado en Venezuela que no obsta en nada a su crecimiento económico el abultamiento poblacional, y en Colombia donde su ha poco reemplazado Presidente León Valencia ha dicho otro tanto, y en Ecuador donde —y es nuestra experiencia de Cátedra— hay quienes sostienen que sobra tierras y recursos naturales de toda especie, clase y condición para abastecer una población triple de la actual; a pesar de los dichos de conductores tan señalados como Felipe Herrera del Banco Interamericano de Desarrollo y Josué de Castro en la Presidencia de la Compañía Mundial contra el Hambre, el problema se agiganta y el pavor va llegando con cada noticia que ya no puede esconderse o escamotearse, respecto a la producción de muertes masivas por inanición.

Se puede o no estar con Malthus y con los llamados neomaltusianos; pero es imposible dejar de estar con la realidad alcanzable con sólo extender el brazo y a pesar de cuanto hacen gobiernos, políticos, iglesias, por camuflarla, esconderla, disminuirla.

Se habla de las muertes en Asia y

se olvida que, dentro de la enorme cuota de hambrientos totales sobre el mundo —casi dos tercios de la población total según la F. A. O.— estamos nosotros, los latinoamericanos. Y, digámoslo de una vez, el problema o los problemas, mejor, de la explosión poblacional, no dicen relación exclusiva y excluyente a la alimentación o al hambre; lo dicen al complejo vital en redondo.

En agosto de 1965 se reunieron en la ciudad colombiana de Cali, representantes americanos de veinte Repúblicas para estudiar los problemas de la explosión demográfica y el control de la natalidad. Acudieron al mitin sacerdotes católicos quienes aportaron lo suyo para que se resolviera que "cada país", de acuerdo con sus peculiares condiciones culturales, económicas, religiosas y demográficas, debería desarrollar una política de población que abarque amplios objetivos nacionales"; y que: "los gobiernos deberían buscar la manera de educar a la comunidad sobre aspectos de sexo y familia, con el propósito de estimular una paternidad responsable". A la Iglesia le cumple, en mucho, hacer lo debido poniéndose en contacto directo con la gran verdad de los siglos: hambre de pan y hambre de amor hacen ser y existir humanos, crean y crecen conflictos, abarcan los términos de la mayor vastedad vital para lo grande y para lo miserable porque destrozan y levantan, porque arrastran y elevan. La Iglesia ya no puede, ya no debe, dejar sólo rasgados velos que apenas sí cubren los otrora aterrantes "tabús". Púlpito, confesionario, prensa, radio y más y más, todos son buenos medios que han de convertirse en cátedras auténticas para dejar que el trato de temas como el sexual —fuera del campo de la ciencia— queden librados a la pornografía monda y lironda que incluso, como cree que tal tema es su-

cio, ha creado una concepción y hasta un lenguaje sucio también. Como quiera que el optimismo deshiele el pánico que la superpoblación ha producido en el mundo y en América Latina donde todos ven arruinado el antes apetecible lema de "gobernar es poblar" porque, sin duda, más población hace más conflictos, la Iglesia Católica tiene responsabilidades incommensurables, quizás mayores que las que toca al poder público, por como dice, para millones, la última palabra.

En la reunión de Cali que hemos recordado, se dió al problema de la explosión demográfica el carácter de primero en América Latina. Allí se vieron y dijeron verdades antes ocultas y sin embargo al alcance de nuestra mano. Ciertamente que agua potable con antibióticos y D. D. T. le han sacado a la muerte sus más altos rendimientos. Ciertamente que con la mayor sanidad de hoy, también hay más muertos que viven... Sobre el rostro joven de nuestra América, cuantiosas arrugas afeantes que martirizan a demógrafos, sociólogos, economistas, educadores, religiosos, políticos, le convierten en máscara signada por los estigmas ciudadanos que encontrara en el pauperismo, la prostitución, el alcoholismo, la criminalidad y el vicio, el sociólogo Lucio Mendieta, en perjuicio, justamente, de aquel campo tan amado y el cual, siendo tan inmenso y no terminado de labrar según los optimistas, puede dar abasto a más y más seres así vaya siendo destinado a hacer ingente la miseria y la podredumbre que toca a los cuerpos, a las mentes y a los espíritus.

La Iglesia tiene en su seno poderes resolutivos. Deben venir —y tardan mucho— desde el Despacho Vaticano.

Demasiados estudios hay para que, aquí, nos sea permitido abundar innecesariamente sobre el tema. Sólo hay

que insistir en una solución que viene gestándose desde que se hallara posibilidades médicas que además del método Ogino-Knaus, parten de las píldoras de Pincus y que debe ser tomada con decisión valerosa porque, frente a los contentivos dogmáticos, pueden bien exhibirse las razones que en el Concilio Vaticano II exhibiera el sacerdote Arthur McCormack: "Dios dijo creced y multiplicaos, pero fue en el Jardín del Edén, donde la población era de **dos hombres por mundo cuadrado**. No lo hubiera dicho en Kerala, India, y, además, no dijo cuánto había que multiplicarse".

El retardo en la resolución de cuestión de tanta monta, va dejando a voluntad de la ignorancia y la angustia, los actos contra natura, los abortos criminosos, los placeres degenerados, los delitos sexuales, las deformaciones y perversiones de la persona individual y del grupo familiar o, aumenta, no para la existencia de seres humanos sino apenas para la cuenta de números acrecentados, en la cantidad de los desgraciados.

Desenvolver un tema como el de "La Religión en la dinámica social", es acometer tarea para grandes del pensamiento y de la acción. Por eso nosotros nos sentimos como nunca disminuidos al haber osado de algún modo abordarlo. Pero lo hemos hecho en procura de aporte, pequeño y todo, a la discusión que incluso permita a la Iglesia tomar nota que hay sobre el mundo muchos que ya la sindicán de sólo haber agotado las palabras, de haber tomado de prestado la ciencia, la realidad, el léxico aun, de otros que antes que ella, se fueron a hacer armas contra la miseria, la injusticia, la ignorancia y cuantas otras calamidades le ha dado ya su infierno en vida a la humanidad; que la observan todavía pegada, en los hechos, a los fe-

roces feudalistas del siglo veinte que si agricultores, creen que cubrir su actividad de incentivos, es otorgarles patente de corso para que siga su explotación inmisericorde que replete sus arcas en el puro interés particular, que vuelve airado las espaldas al colectivo; que la encuentran no únicamente de brazo de los grandes pulpos que rinden todo culto a Mercurio, sino haciendo ella misma, de manera directa y por interpuesta persona, comercio del succulento y más rendidor, o gerenciando por sí o por otros, las industrias donde no hay atisbo de la implantación de las normas verbalistas pregonadas; que la identifiquen con la política y los políticos de nuestras tan conocidas y nefastas oligarquías y que con ellos se reparte dividendos de poder público y de poder

económico, dejando casi sin responso que vayan al sepulcro los desventurados que, diciendo sus últimas maldiciones perdieron, por hambre, por embrutecimiento o por lo que fuere, la oportunidad de pedir el perdón final al Ser Supremo.

Por todo cuanto se ha dicho y por cuanto por sabido se ha callado, puede ser bien que esta Conferencia del Instituto Latinoamericano de Ciencias Políticas y Sociales, quiera tomar resolución que sugerimos tal como: Llegar a través de sus Miembros, en sus respectivos países, a las Jerarquías Eclesiásticas para que pasen, de manera mucho más decidida, de las palabras a la acción, en procura de soluciones auténticas a la problemática social que los abruma.